

CAPÍTULO VII

ELECCION DE ALEJANDRO VI

Un día, que estaba Savonarola departiendo con los señores de Florencia, anunciéles la muerte de Lorenzo de Médicis y de Inocencio VIII. Imagínese cuál no sería la admiración de Florencia viendo que, en el año 92, murieron ambos príncipes del Estado y de la Iglesia. Inocencio espiraba de languidez. Exhausto, no podía tenerse en pié; y acabábase poco á poco, cual lámpara que ha consumido todo su aceite. Cuéntase que un médico judío le prometió la vida por el medio entonces recién descubierto de la trasfusión de ajena sangre en su cuerpo. Tres muchachos de diez años sangraron para prestarle el calor de su vida al Pontífice; y los tres murieron. El Papa no pudo sanar y el judío tuvo que huir, temeroso de que los nuevos gobernantes le pidieran cuenta de su crimen. El 25 de julio de 1492 murió Inocencio VIII, cuatro meses después de la muerte de Lorenzo de Médicis. Imaginaos lo que sería el conclave que sucedió á la muerte de Inocencio VIII, cuando no existía ya Lorenzo de Médicis, cuando tronaba del lado de los Alpes la invasión extranjera, cuando perdía toda moralidad la elección de los Pontífices á causa del precio vil en que se tasaba la tiara, cuando cada una de las familias reinantes y cada una de las ciudades prepotentes quería un Pontífice adscrito á su servicio, cuando luchaban la energía del cardenal Rovere y la corrupción del cardenal Borgia, cuando venían sobre todos las consecuencias de la podredumbre de los cardenales y de la tiranía de los Médicis, el castigo tremendo de una revolución religiosa sobre el pontificado romano y de una invasión extranjera sobre la hermosa y desgraciada Italia.

El 6 de agosto se reunieron los cardenales en conclave custodiado como si fuera una fortaleza. Los Estados extranjeros no se contentaron con mandar embajadores, que celaran las afueras; ciñéronlas con guardia armada. Pocas veces se presentaron los aspirantes á la sede máxima con mayor franqueza ni acudieron á medios mas reprobados y reprobables. El primero de los candidatos era un Palaviccini, que no cuajó á causa de presentarse como hechura del Papa anterior. Al Palaviccini seguía el cardenal Rovere, hombre de energía sin igual, por quien se interesaba vivamente Francia hasta el extremo de haber depositado cuantiosa cantidad, á la cual añadió otra crecida también la ciudad de Génova. Venía en pos de estos Ascanio Esforza, muy protegido del cardenal Borgia, por la imposibilidad de su elección. Los Orsinos y los Riarrios coadyuvaron también á la nueva elección. Bien es verdad que el Borgia los había ganado á todos ó con sus promesas ó con sus dádivas. Roma entera vió con escándalo mulos cargados de oro y expedidos desde casa del cardenal papable á casa del cardenal votante, cegado además con el regalo del palacio de los Borgias, lleno de objetos preciosos, y el beneficio de la vice-cancillería en la romana curia. Cada uno de los príncipes de la Iglesia recibió su correspondiente propina. Diéronle al cardenal Savelli el dominio íntegro de Civita Castela; y al cardenal Esclafetano el dominio íntegro de la ciudad de Nepi; y á las dos familias enemigas de los Orsinos y de los Colonas sendos presentes de innumerables feudos; y al Patriarca de Venecia, que ya contaba noventa y cinco años, gruesa suma de dinero: solo cinco se exentaron de la universal corrupción y resistieron al universal cohecho por pasiones tal vez mas humanas que el puro sentimiento religioso.

Era la noche del 10 al 11 de agosto, cuando acababa de nombrarse á Borgia Papa, casi por unanimidad de sufragios. Siendo la pasión de las pasiones en el alma de este hombre la ambición, excusamos decir cómo recibiría un nombramiento, que entregaba por completo á su albedrío los cielos y la tierra. No pudiendo dar crédito al propio testimonio de sus sentidos, frotábase los ojos, como para cerciorarse de que no estaba durmiendo, y decía entre hipo de júbilo: «Soy ya Papa, soy vicario de Cristo.» Temeroso de que se le escapase la dignidad cohechada, hízose revestir el manto pontificio; y mandó gritar su nuevo nombre de Alejandro, al maestro de ceremonias, para que

Roma entera supiese á quién tenia por Papa. Sonó la campana del Capitolio, y corrieron las muchedumbres, parte á casa de Alejandro VI para saquearla como tenian de costumbre con todo nuevo electo, parte á San Pedro para ver cómo el cardenal Sanseverino, hombre atlético por su estatura y por sus fuerzas, cogia al Papa en brazos y lo presentaba desde un altar de Roma á la supersticiosa adoracion del pueblo. Extraña vida en verdad la de este extraño hombre. Sus vocaciones íntimas le llamaban al mundo y sus intereses mas viles á la Iglesia. La profesion de su juventud fué la abogacía, el teatro de sus triunfos el foro, y un caso inesperado, la eleccion de su tio Calixto III, le designó para el cardenalato y le llevó á la legion militante de la Iglesia. Aunque Pio II le condenara en dias lejanos á ciertas penas, y alguno que otro maldiciente dijera malignidades mayores ó menores de sus costumbres, lo cierto es que nadie le conocia á fondo hasta despues de haber revelado toda su naturaleza y toda su historia en la sede altísima de los Pontífices. Despues de haber pasado una noche de crápula ó de orgía presentábase con tal recogimiento y señales tan visibles de piedad y compuncion que lo tomaban por un santo y atribuian á penitencia los estragos mismos del placer. De apuesta figura, gran parte de su fortuna habíala debido en aquellos tiempos sensuales á esta inapreciable ventaja. A pesar de la ligereza de su vida y de la exaltacion de sus sentidos, una sola mujer reinó sobre su corazon entre todas las mujeres, la célebre Vanozza, su amada predilecta hasta la hora misma de su muerte. De alta estatura, de complexion nerviosa, de actitudes elegantísimas, de rostro ovalado, de nariz aguileña, de ojos grandes, de color moreno y sonrosado, de mirada ardiente, Alejandro VI pertenecia, en verdad, por su hermosura y por la naturaleza de su hermosura á esas razas del Mediterráneo, cuyos hombres reunen verdaderamente en armonía incomparable la virilidad con la gracia. Yo recuerdo haber visto en el Museo de Nápoles un retrato debido al pincel de uno de los mas privilegiados pintores de su tiempo y declaro que no he podido olvidar todavía la emocion producida en mí por aquella imágen que, gracias al docto pincel, parecióme verdadera y correspondió con mis ideas íntimas respecto al natural de Alejandro VI. Parecíame una de esas campiñas del Mediodía, frondosas y feraces, que suelen ocultar entre su vegetacion exuberante de vida el veneno de las fiebres que encierran la

muerte. Bajo aquella mirada tan serena parecíame que me atisbaba un ave de rapiña, pronta á darme la muerte. Y en efecto, este hombre nefasto, cuya memoria se confunde con la memoria de los Césares mas protervos, habrá tenido la desgracia de encontrar jueces mas ó menos severos en su tiempo que han dictado un fallo casi inapelable á la posteridad; pero no puede eximirse de las responsabilidades tremendas, que le caben y que le tocan, por haber contribuido, quizá en mayor grado que ningun otro Papa, á esa materializacion del catolicismo, que trajo la ruina del mundo eclesiástico y desató la tempestad de las revoluciones religiosas. Si Gregorio VII, tan empeñado en hacer de la Iglesia una sociedad aparte, hubiera levantado la cabeza y hubiera visto un Papa casado casi, con cuatro hijos á los cuales sacrificaba la dignidad pontificia, léjos de creerse en la Iglesia de Roma por él fortalecida, hubiérase creído en los templos y altares de Babilonia. Dice un contemporáneo que el magistrado de Roma, al ir á saludar al nuevo Papa, llevaba tanta pompa y acompañamiento como el célebre romano Marco Antonio al ir á visitar á Cleopatra. La magnificencia de su coronacion podia compararse con la magnificencia de los triunfos á que se habian acostumbrado y habian acostumbrado al pueblo los antiguos Emperadores romanos. Lanzábanse los mas ricos y mas nobles de la Ciudad Eterna, los de mayor primacía, á los piés del Papa como los indios á las ruedas del carro donde van engalanados sus ídolos. Ricos tapices cubrieron las paredes de la ciudad y aromáticas flores cubrieron los tapices. En las encrucijadas gallardeaban arcos triunfales y lucian espléndidos altares; en las ventanas brillaban ricos cuadros y en los balcones erguíanse armoniosas estatuas. Como quiera que el Papa tuviese por nombre Alejandro, comparábanlo con Alejandro Magno, y hasta le llamaban Dios, como cuentan los escritores de la historia augusta que sucedia en los tiempos de los mas miserables Césares. Las figuras mitológicas se mezclaban con las efigies cristianas; las inscripciones puestas en las calles agotaban los términos mas viles que para expresar la adulacion ha encontrado jamás el servilismo. Como para agravar estos dichos, escribíanlos en el hermoso latin de la época. Quién decia que si Roma fué grande por César, habia de ser mayor por Alejandro, porque aquel era un hombre y este un Dios. Quién, porque los Borgias tenian como armas un toro paciendo en campo áureo, decian que aquel

toro iba de nuevo á fundar la ciudad como el que aró la tierra del palatino para fundar la antigua Roma cuadrata del dios Rómulo. El cardenal de San Marcos habia llevado la simbólica de su adulacion hasta poner bajo un colosal arco un toro gigantesco echando vino por la entreabierta boca. El acompañamiento fué tan numeroso, el estrépito tan grande, la procesion tan larga que, al llegar á la iglesia de Letran y sentarse en su trono, desmayóse Alejandro VI y hubo necesidad de rociarle el rostro con agua para devolverle el sentido.

La ascension de Alejandro VI señala el verdadero apogeo del nepotismo. Sin ningun respeto á su estado y sin ningun culto á las fundamentales tradiciones de la Iglesia, ostentaba públicamente sus hijos y ponía con todo desenfado á su servicio la religion y la política. Los ideales eternos apenas cabian en aquel espíritu apegado á la tierra, donde habia puesto todos sus intereses y donde habia concentrado todos sus pensamientos este jefe visible de una religion espiritualista. Nada le parecia bastante para sus hijos. Al mayor de ellos, don Pedro Luis, le recabó del Rey de España el título de duque de Gandía; y muerto, traspasóle este título al segundo ó sea á don Juan. Estudiaba en Pisa don César; y en cuanto supo la muerte de Inocencio VIII, se trasladó á Roma, esperando el triunfo de su padre, que el dia mismo de su coronacion le dió el arzobispado de Valencia. En setiembre, y en uno de los primeros consistorios, nombró á su jóven sobrino el obispo de Monreal para el cardenalato de Santa Susana. La invasion de la familia en Roma tomó tales proporciones que en noviembre de 1492 contábanse mas de treinta Borgia en los altos cargos civiles y eclesiásticos. Pero la preferida de toda su prole era la hija única, la hermosísima Lucrecia, que con solo tener doce años en la época de la exaltacion del Papa, estaba ya prometida en casamiento á un gentil-hombre valenciano. Y pareciéndole poco para la hija de un Papa la mano de un noble español, trató de casarla, por consejo del cardenal Ascanio, que tanto contribuyera á su eleccion, con un Esforza, perteneciente á real familia. En cuanto á don Jofre, Benjamin de sus hijos, preparábalo para un gran puesto en el reino de Nápoles. Así la tiara, que debia coronar la cima moral del mundo católico, servia de escabel á las plantas de los hijos adúlteros de una oscura Vanozza.



Alexandro VI